



JOSÉ MANUEL FERNÁNDEZ

✉ lasleyendasdenuestros pueblos@gmail.com

## LEYENDAS DE NUESTROS PUEBLOS

# Saleres y la fuente de los siete años

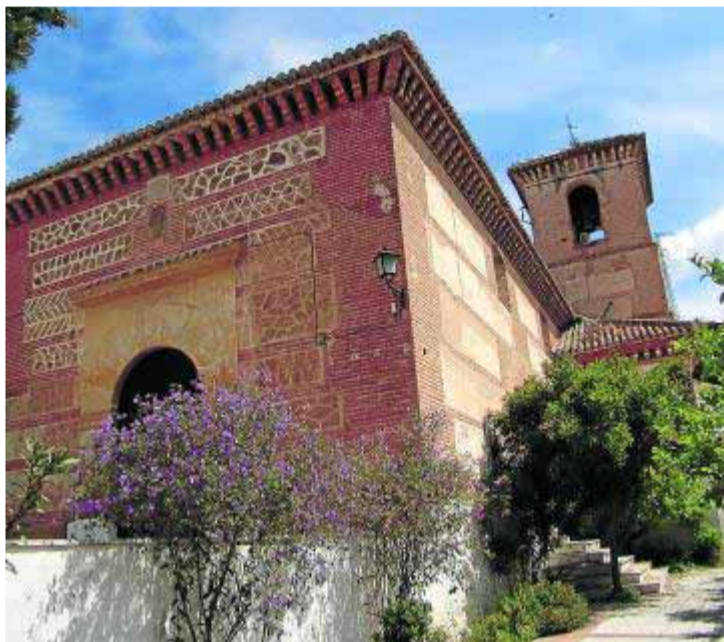
El regalo condicionado de un mendigo moro tras la acción caritativa de Serafín y Juana, su hija, y las reticencias de su mujer, Blanca

**H**ace unas semanas escribí sobre Restábal, núcleo que pertenece al municipio de El Valle, al igual que Saleres y Melegís. Hoy os propongo un viaje a Saleres, ubicado en la parte más meridional de la comarca del Valle de Lecrín. En este bello pueblo se respira tranquilidad y resulta muy agradable pasear por sus calles, sobre todo ahora en primavera, cuando la flor de azahar inundan con su aroma el aire. Las calles de Saleres, adosadas a las irregularidades del monte, tienen un atractivo especial. Son estrechas, empinadas, tortuosas, con rincones donde el empedrado típico tradicional nos recuerdan su pasado morisco. Llaman la atención los soportales de las casas, abarrotadas de macetas y plantas con flores, conservando un ambiente campesino entre huertas y campos frutales que lo rodean. Cabe destacar la existencia de molinos de aceite y de harina, así como los restos de la fábrica de jabones.

Existe en el término municipal una torre vigía, situada en plena sierra, a 1.011 metros de altitud, denominada Atalaya de Saleres o Torre del Marchal. Desde su emplazamiento se domina todo el Valle de Lecrín, las Sierras de Albuñuelas y los Guájares y parte de la Vega del Genil. Su construcción data del siglo XIII, su planta es circular y comunicaba con la Atalaya de Cónchar y los castillos de Mondújar, Murchas, Restábal, Nigüelas y Venta de la Cebada

La Iglesia de Santiago es otro de los monumentos históricos de Saleres. Su construcción se inició en 1550 y finalizó en 1561. Intervinieron en la construcción los mejores maestros granadinos de la época. La portada es de Pedro de Berzue-lo y, como en la mayoría de las iglesias de este tiempo, suministró los azulejos María de Robles. Apenas terminada, su sencilla pero armoniosa estructura fue quemada por los moriscos en su rebelión, por lo que años después se procedió a repararla. De su interior cabe destacar el retablo mayor, un tanto extraño, del siglo XVIII.

En el Pago de los Llanos se encuentra una fuente conocida como 'La fuente de los siete años', en torno a la cual gira la leyenda de hoy. Una leyenda que tiene su origen en la feroz sequía que se vivió en la zona y que prácticamente había



Iglesia de Santiago, uno de los principales monumentos. :: M. SABIO



Una de las calles de Saleres :: MIGUEL SABIO

arruinado a los campesinos, entre los que se encontraba Serafín, que había llegado procedente de Galicia en busca de mejor vida y para beneficiarse de las repoblaciones que la Corona facilitaba en el reino de Granada después de la expulsión de los moriscos. Se instaló en Saleres con su mujer, Blanca, y una hija pequeña de siete años a la que adoraban, llamada Juana.

No era Serafín hombre proclive al pesimismo. Los años de sequía estaban haciendo estragos, pero él continuó labrando con mucho sa-

crificio y esfuerzo su parcela, convencido de que todo, tarde o temprano, tenía que cambiar. Y en ese empeño estaba cuando cierto día pasó por el pueblo un viejo mendigo que pedía limosna por las calles. La economía no estaba para dádivas y el mendigo, harto de patear las calles de Saleres, se apostó en la entrada de la iglesia, donde había un gran trasiego de vecinos para pedir al apóstol Santiago que intercediera por ellos y mandara algo de lluvia al pueblo. El viejo pedigüeño se acomodó en uno de los rin-

cones de la entrada con la mano tendida.

—¡Por favor, señor, una limosna para un pobre hambriento! ¡Señora, un chavico para este pobretico!

La gente pasaba de largo sin prestarle atención. Hasta que llegó Serafín con su hija, quien al ver al pobre hombre se acercó a él y le entregó el mendrugo de pan que estaba comiendo.

—No tengo más pan, pero si mañana está usted aquí, le prometo traerle un poco más, le dijo Juana.

El hombre le cogió el mendrugo y mirándola a los ojos le contestó:

—Tienes buen corazón, pequeña. Llevo aquí siete días con sus noches y únicamente he recibido lo que tú me has dado.

Serafín sintió pena por el vago-bundo y viendo el gesto de su hija, le dijo al hombre.

—Es bien poco lo que puedo ofrecer, pues mi casa es pobre, pero un plato de sopa seguro que se le puede facilitar y si quiere venir con nosotros, que vivimos un poco alejados del pueblo, con mucho gusto remediamos ese hambre.

El mendigo no pudo rechazar la propuesta, pues sus tripas protestaban continuamente ante la falta de alimentos y mientras se dirigía a la casa de Serafín por una vereda serpenteante, le preguntó: —¿Vive usted en el Pago de los Llanos, por casualidad?

—Así es. Desde que vinimos de Galicia. ¿Usted conoce estas tierras?

—Un poco, señor. Yo era de aquí antes de que nos expulsara su majestad Felipe «el segundo».

Serafín se puso en guardia, pues sabía que los que allí habían habitado antes eran moros.

—No se preocupe... de eso hace ya mucho tiempo. Mientras vosotros veniais aquí, a nosotros nos mandaban esclavos al resto de las Españas. No tema de un pobre morisco, viejo y achacoso, que le está muy agradecido por su invitación. En cuanto remedie un poco el estómago, seguiré mi camino.

Serafín tuvo la intuición entonces de que aquel encuentro le reportaría alguna que otra sorpresa. Cuando llegaron a la casa, Blanca, su mujer, le preguntó por qué había llevado a aquel andrajoso a su casa y Serafín solo le pudo contestar que había sentido un impulso, al igual que su hija, ya que el pobre hombre llevaba siete días sin comer y sentía que tenía que hacer algo para ayudarlo. A Blanca, pese a lo dicho por su marido, no le gustó demasiado tener que compartir lo poco que tenían en la mesa con aquel piojoso.

Cuando fue a repartir la comida, el cucharón de madera se detuvo un momento en el plato del morisco, advirtiéndose en los ojos

de Blanca poca intención de ofrecer lo cocinado al mendigo, pero Serafín cogió el cucharón y le sirvió un buen plato de sopa con verdura.

Al finalizar la cena, el invitado quiso despedirse de la familia, pero Juana le dijo a su padre que era muy tarde y que podía dormir en el establo. La esposa puso objeciones pues no sabían nada de ese desconocido y pensaba que podía robarles mientras dormían.

—¿Y qué se va llevar, el cucharón de madera?, dijo Serafín a modo de sorna.

—Además, es muy tarde y el camino hasta Nigüelas es muy peligroso por la cantidad de barrancos que hay. Mejor será que pase la noche aquí.

El mendigo le agradeció su insistencia, pero tenía decidido partir esa noche, aunque antes quería enseñarle a Serafín un lugar cerca de allí que podría poner remedio a la falta de agua para regar los cultivos. Serafín se quedó extrañado ante aquella respuesta pues él había recorrido toda la finca buscando algún arroyo y no había podido localizar ningún pozo. De todas formas, la idea no era descabellada pues el moro había vivido allí antes y seguro que conocía aquellos parajes mejor que él. Serafín y el moro, antorcha en mano, caminaron por una vereda muy estrecha y desconocida hasta llegar ante una gran roca donde el mendigo se paró en seco. Tras arrojarse, se puso las manos en la boca recitando lo que parecía una letanía en voz baja, cuando de repente la roca se abrió ante sus ojos, manando a borbotones el preciado líquido.

—Aquí tienes, Serafín, lo prometido, pero no será para siempre pues siete días son los que estuve en el pueblo y nadie me ayudó, siete años tiene tu hija de gran corazón y siete maldiciones me ha echado tu mujer a la hora de comer. Así pues, siete años te doy de agua por tu buen hacer. Aprovechalo bien porque después vendrán otros siete de sequía en honor a tu mujer y así sucesivamente. Dicho esto, el mendigo desapareció como si nunca hubiese estado allí.

Serafín se puso loco de contento y pudo salvar la cosecha ese año y otros seis más, pero al octavo la fuente se secó, tal y como vaticinó el mendigo. Desde entonces, la fuente es conocida en Saleres como la de los siete años, porque pasado ese periodo la fuente cambia de caudal, de más a menos. Quizás si hubiera habido más comprensión y generosidad con el viejo mendigo su nombre sería hoy el de la fuente de la caridad y hubiera mantenido permanentemente su caudal.